

samiento de que aquella noche tendría que comer con ella y pasar por explicaciones, despedidas y lágrimas le resultó insoportable. Debía reunirse con ella á las ocho en la estación, para partir á las diez en el expreso ; pero recordó que á las cuatro salía un tren para Caén. Tenía, pues, tiempo de tomarle.

« Así es mejor, pensó brutal y cruelmente. Tengo horror á las escenas melodramáticas. »

Llamó.

« Mi cuenta y un coche... De prisa... »

Entonces escribió una infame carta, con una mentira apenas verosímil. Una enfermedad de su padre, un telegrama, le obligaban á adelantar unas horas la partida que estaba demorando hacía un mes. Ni una alusión al estado de la joven. Pronto le daría noticias suyas. Y el seco « te abrazo » escrito en aquel papel que envolvía unos cuantos billetes de Banco, era casi un bofetón.

Mandó llevar la misiva al obrador de Perrinette á un mozo de recados en el que tenía confianza, sin cuidarse de la emoción que semejante carta podría producir á la florista, delante de sus compañeras. Y una hora después Cristián Les-cuyer se arrinconaba en un vagón, con el corazón frío, con la boca seca, con la animación febril de su mala acción y con una especie de amarga satisfacción por haber cometido aquella cobardía.

VI.

Generalmente acaba en tragedia la aventura de una muchacha soltera abandonada en pleno embarazo. Una mujer sola que vive de su trabajo en París, está siempre en la mayor estrechez ; pero cuando tiene que sufragar los gastos del parto y de unos cuantos meses de nodriza, llega para ella la miseria completa. Entre esas desgraciadas escoge sus víctimas la baja prostitución que tiene como consecuencias inmediatas la enfermedad, el hospital y la muerte.

Mas, por excepción, el destino no se mostró tan cruel con Perrinette.

Era su carácter muy dulce y, pasado el primer momento de brusco dolor que le causó la repentina partida de Cristián, aceptó su infortunio. Por otra parte sus anteriores amantes, primero su vecino del mismo piso, un obrero de natural

alegre que la había deshonrado, y algunos estudiantes ó dependientes de comercio poco sentimentales, no la habían acostumbrado á un proceder mucho mejor. Todos ellos la habían tomado como compañera de placer y abandonado en cuanto les era molesta. El último, un estudiante de medicina que encontró en Bullier, hasta la había despedido después de una sola noche, dándole veinte francos como á la más perdida de las mujeres públicas. La joven quedó tan escarmentada por este detalle que fué juiciosa dos meses, hasta su encuentro con Cristián. Así pues, lo sucedido con éste había sido un desengaño más; una vez aún se había equivocado creyéndole mejor que los otros. Estaba sin duda, muy mal hecho abandonarla de un modo tan brutal, dejándola embarazada; y si bien había prometido que daría noticias suyas y que se ocuparía de la criatura si vivía, la joven no contaba con semejante cosa. Presentía que Cristián había concebido dudas sobre su paternidad y al recordar su triste pasado encontraba esas dudas muy naturales, aunque, en verdad, no le había faltado en todo el tiempo de sus relaciones. Menos mal, que le había dejado para pagar el parto y para sufragar los primeros gastos. Y casi le disculpaba, no le quería mal y pensaba :

« ¡ Bah! Todo se arreglará, » con ese admirable fondo de resignación y de descuido que tienen los pobres.

Su vida, sin embargo, se iba haciendo muy triste. Sus compañeras que la envidiaban por ser la más bonita y la mejor vestida, observaron su estado y lejos de compadecerla, dieron en molestarla con bromas mal intencionadas. Había una sobre todo, una perversa muchachuela de veinte años, que se burlaba de ella delante de todas y algunas veces, en reserva, le daba odiosos consejos y se atrevía á hablar de brevajes y de prácticas misteriosas. Sin embargo, la primera oficiala, una bondadosa joven que había pasado por el mismo trance, consoló un tanto á la pobre Perriette y cuando llegó el caso le dió las señas de una partera, no muy cara, en el extremo de la calle de Vaugirard, en cuya casa estaría muy bien cuidada.

La señora Lagasse, partera de primera clase, estaba representada, encima de la tienda de un salchichero, con su traje de seda negra con doce volantes, su manteleta de visita y una gran capota, cogiendo una soberbia criatura envuelta en blancos encajes que salía de un repollo. Pero, en verdad, la comadrona no se parecía á su representación simbólica ni tenía nada de común con una

mujer de buena sociedad. Se había ingeniado para colocar una docena de camas en un cuarto de cinco piezas, sin contar el colchón portátil que la criada colocaba, para dormir, en la cocina, y durante los treinta años que la matrona ejercía su arte en aquel piso atestado, pero tan limpio que la fiebre puerperal no hacía en él grandes estragos, muchos miles de franceses del uno y del otro sexo habían exhalado allí ese primer grito de dolor y de espanto con el que los humanos empiezan por manifestar la alegría de vivir. Si todos ellos hubieran tenido blasones, los hubieran visto ajados por la barra de la bastardía, pero á ninguno le cupo esta humillación aristocrática, pues todos eran procedentes de alguna obrera que había vuelto tarde á casa de sus padres á la salida del taller, ó de alguna criada de pueblo que había tenido la desgracia de sentarse en un banco de un paseo público al lado de un soldado paisano suyo.

La señora Lagasse, que, bueno es decirlo, tenía buen corazón, se mostraba verdaderamente maternal con aquellas madres solteras. Una vez pagada por adelantado — en esto no había contemplaciones — hacía toda clase de esfuerzos por hacerlas soportable el cautiverio, y en los momentos — muy raros por cierto — en que la casa

estaba en calma, reunía en su cuarto algunas pensionistas, abultadas como bombos ó pálidas aún por el reciente alumbramiento, y les echaba políticamente las cartas, las cuales, por supuesto, auguraban siempre que un joven rubio ó que un señor moreno no habían dejado de amar, aunque otra cosa pareciese, á la sota de copas ó á la de bastos, y que después de una serie de dificultades acabarían por reparar el daño causado.

En ese hospital privado fué donde Perrinette, seis meses después de la partida de Cristián, del que no volvió á saber, dió á luz un niño de todo tiempo. La señora Lagasse se encasquetó un gorro y se puso una talma que en nada se parecían á las prendas simbólicas de la muestra, y llevó el rorro á la alcaldía, donde el empleado correspondiente, después de asegurarse legalmente del sexo del recién nacido, le inscribió en el registro con el nombre de Cristián Forgeat, hijo de Perrinette Forgeat y de padre desconocido, todo en presencia de los dos testigos de siempre llevados por la partera y que eran el mozo de recados de la esquina y el carbonero de enfrente, los cuales fueron en el acto á la taberna más próxima para transformar en sendas copas la pequeña gratificación concedida á su complacencia.

Perrinette quiso poner á su hijo Cristián, con la esperanza de que, tarde ó temprano, el padre se ocuparía de su hijo y se sentiría conmovido por esa elección de nombre. Hasta escribió á Caén, para anunciar el nacimiento del chiquillo. Pero en vano la parida, con su peinador de convaleciente, se volvió toda ojos para las cartas fatídicas de la señora Lagasse; en vano los augurios le dijeron que un moreno se disponía á hacer un viaje, que Perrinette recibiría muy pronto una carta y que á pesar de la mala voluntad de otro moreno acabaría por triunfar; la joven no recibió respuesta alguna á su misiva.

Y la pobre muchacha, por muy incapaz que fuese de odio ni de rencor, ponía la mirada sombría cuando pensaba en Cristián.

Por fortuna el parto fué bueno y Perrinette pudo dejar pronto la casa de la partera y volver al obrador. En aquel momento le era preciso trabajar más que nunca porque el resto del dinero de Cristián apenas había bastado para pagar tres meses adelantados á la mujer encargada de criar el niño con biberón, en Palaiseau.

La joven iba á verle todos los domingos y era recibida en la miserable choza en la que había cuatro ó cinco cunas, por la nodriza y por su marido, campesinos de cara hipócrita, tan avaros

como embusteros, á quienes tenía siempre que dejar algún dinero para gastos menudos, como azúcar, café y, sobre todo, jabón, aunque la repugnante suciedad de aquella pareja y de su casa hacía inverosímil tan abundante consumo de ese producto químico. Pero Perrinette daba de buena gana la moneda de dos francos que había logrado economizar en la semana, porque el niño estaba hermoso y chupaba con fuerza el biberón.

Á los tres meses, sin embargo, cuando tuvo que pagar de su pobre jornal el trimestre de la nodriza, la florista se vió en extremo apurada. Sus pobres alhajas fueron al Monte de Piedad; economizó en la comida, ¡ ella, que comía lo que un pájaro! y se resignó, lo que le fué más duro, á llevar calzado barato y á apurar hasta lo indecible los vestidos. Un detalle heroico para una buena parisiense; consintió en salir á la calle sin guantes.

Pero á pesar de todas esas privaciones no logró equilibrar su mísero presupuesto. Al fin del mes le faltaban siempre de cinco á diez francos y llegó á estar algo atrasada con la nodriza, que se lo recordaba todos los domingos con marcado tinte de amenaza. Perrinette, la loca y ligera Perrinette, tenía siempre el corazón oprimido por mortal inquietud. ¿ Qué hacer? ¿ Cómo salir del

apuro? Era preciso, á pesar de todo, criar su hijo. « Toma alguno que te ayude » le dijo un día una compañera á la que confió sus penas. ¡ Oh! eso no, por cierto! Conocía bien á los hombres; todos egoístas y traidores. ¿ Un nuevo amante, para que me deje plantada cuando le convenga y, acaso, con otro rorro? ¿ Verdad? ; Nada de eso! Además, no pensaba ya en tonterías; el amor se había acabado, una vez que la maternidad le había inspirado ideas cuerdas y tranquilas. Adoraba á su pequeñuelo, á su Cristián, y sólo vivía esperando el domingo para cogerle en brazos y extasiarse viéndole seguir con aquellos ojazos azules, serios como los de un viejo, los movimientos de su mano.

Para ir á Palaiseau Perrinette tomaba un ómnibus que costaba unos céntimos menos que el ferrocarril. Un domingo, á fin de septiembre, á la caída de la tarde, la joven iba á buscar el ómnibus para volver á París y presentaba en su cara un horrible aspecto de tristeza. Á consecuencia de una pequeña indisposición del niño, la nodriza le había presentado una lista de medicinas y de gastos diversos que recordaba las cuentas del Gran Capitán, y Perrinette, siempre falta de dinero, había tenido que implorar, casi, un plazo, concedido con innumerables jere-

miadas y con las consabidas exclamaciones : « Esto no puede seguir así. » Realmente el porvenir no se presentaba de color de rosa y la joven tenía el corazón angustiado.

El ómnibus estaba lleno y Perrinette tuvo que subir á la banqueta, ayudada en su ascensión por un viajero que le ofreció galantemente la mano y le hizo hueco á su lado. Era el tal un alto y sólido individuo como de treinta y cinco años, con el traje tradicional de los carpinteros, ancho pantalón de pana y el metro doblado asomando por el bolsillo del chaquetón.

Perrinette no era ya la elegante muchacha que en otro tiempo hacía volver la cabeza á los transeuntes. Con sus vestidos ajados y sus manos desnudas no intimidó al obrero, que trabó sin ambages conversación con ella sobre el fresco de la tarde y sobre lo pronto que se hacía de noche.

La joven le miró y vió que era un rubio rojizo, de bigote militar, mirada franca y dura, frente surcada por una arruga severa y con el aspecto, en suma, de un obrero decente, de un hombre honrado. Á la media hora había contado toda su vida á Perrinette. Era de la Lorena, había servido siete años en el 1º de ingenieros y tomado la licencia siendo cabo. En la actualidad trabajaba en casa de un gran contratista del muelle de

Valmy, donde ganaba de siete á ocho francos al día. Tenía en Palaiseau su hermana mayor, casada con un hortelano é iba alguno que otro domingo á hacerles una visita para tomar el aire; todo esto dicho en tono rotundo y duro, con una repentina confianza en su compañera de viaje, á la que llamaba « señorita, » echándole de vez en cuando una mirada rápida y benévola.

« ¿Viene usted á menudo á Palaiseau, señorita? preguntó; he visto á usted ya dos ó tres veces al salir el coche. .. ¿ Tiene usted también parientes aquí? »

— No, respondió Perrinette sin pensar en lo que decía. Tengo aquí un niño en nodriza.

— Dispense usted, señora, dijo el carpintero. ¡ Yo que la llamaba señorita! Pero es usted tan joven... En fin, no he querido ofenderla.

Perrinette estaba todavía muy emocionada con las amenazas de la nodriza y tenía necesidad de quejarse con alguien de su suerte.

— « Dios mío, contestó, llámeme usted como quiera... Tengo un hijo, pero su padre me ha abandonado... La historia de otras muchas, ¿ verdad?... »

Y con los ojos bajos y voz que parecía un gemido, confió sus cuitas al obrero, que las escu-

chaba con aspecto atento y serio y murmuraba de tiempo en tiempo:

« ¡ Pobre muchacha! »

No era grande la elocuencia del carpintero que cuando la joven terminó su relato, se contentó con exclamar: « Sí; no es siempre divertida la existencia; » pero Perrinette descubrió en aquel hombre un poco de compasión. Al llegar al Observatorio mandó la joven parar el coche, porque vivía aún en la calle de Ulm, y aunque el obrero habitaba lejos de allí, en el canal de San Martín, sacrificó el resto del trayecto del ómnibus y bajó el primero para ayudar á Perrinette, la cogió con ambas manos por el talle, la levantó, ágil y robusto, y la puso en el suelo. En seguida, acometido de repentina timidez, se quitó el sombrero.

« ¿ Irá usted el domingo que viene á Palaiseau? » dijo con voz turbada.

— Seguramente. Hasta la vista.

— Hasta más ver, señorita.

El domingo siguiente hicieron otra vez el viaje juntos y hablaron como antiguos amigos. Sobre la banqueta del coche, al aire fresco de la tarde y bajo el cielo verdoso de septiembre, en el que se apagaban, á lo lejos, los últimos resplandores del crepúsculo, la florista se sentía á sus anchas y casi feliz al lado de aquel hombre robusto, que

dulcificaba la voz para hablar con ella. Perrinette adivinaba que su compañero tenía intenciones de hacerle el amor, pero no se atrevía. Tanto mejor; éste no era un descarado como los demás malos sujetos á quienes había conocido y que la habían abandonado de mal modo después de divertirse con ella. Cuando Próspero Aubry, que así se llamaba el carpintero, dijo á Perrinette con aire de embarazo que ganaba muy buenos jornales, que tenía ya más de mil francos en la caja de ahorros, que se aburría de vivir solo y que si continuaba así, era porque no había nunca encontrado persona que le conviniese, la joven se sintió presa de súbita melancolía. ¡ Ah! si en otro tiempo, cuando era honrada, hubiera tenido la suerte de encontrarse en el camino de su vida y de casarse con un hombre de aquella condición, con un buen muchacho de ese género! Bien caro le costaba el haber tenido amantes de levita y el haber querido usar sombrero, como una señora. Cuando Próspero la cogió por el tallo, como la primera vez, para bajar del ómnibus, la joven se abandonó confiada á aquellas manos callosas, que tan ligeramente la levantaban; y al proponerle el obrero, algo más animado, que tomasen juntos un vaso de cerveza, aceptó sin hacer cumplimientos.

Se sentaron en la terraza de un cafetín, en la esquina del *boulevard de Montparnasse*, y á renglón seguido y con voz sorda y emocionada el obrero declaró su amor á Perrinette.

Ninguna mujer le había gustado como ella. Desde el domingo anterior no había hecho más que pensar en su compañera de viaje. Había sido tan franca con él que se lo agradecía y á pesar de todo y á pesar del niño, le hubiera ofrecido casarse con ella si hubiera podido. Pero el caso era que no estaba soltero. Se había casado, sí, con una bribona, que le había abandonado á los dos años de matrimonio para echarse á la vida airada. Por fortuna no había tenido hijos con aquella mala pécora, mujer pública al presente en Burdeos. En fin, hacía cinco años podía decirse que estaba viudo y si Perrinette quería, vivirían juntos. La haría pasar por su mujer y cuando el muchacho estuviera criado, le tendrían como hijo de ambos.

« Vamos, ¿ quiere usted? decía con ardor el obrero. ¡ Sería tan hermoso!... Y nada difícil... Tengo algún dinero ahorrado, como he dicho á usted; compraría muebles y usted sería una mujercita de su casa... Doy á usted mi palabra de honor de que jamás le hablaré del pasado... y de que trataré de querer al niño como si fuera mío. »
Algo confusa, la cabeza baja y arreglando ma-

quinalmente los pliegues de la falda, Perrinette le dejaba decir, pero aquel silencio equivalía á un consentimiento. Una repentina ternura le inundaba el corazón. ¡ Hacía tanto tiempo que nadie le hablaba de amor !

VII

Próspero y Perrinette se instalaron en la parte alta del *faubourg du Temple*, en un quinto piso. ¡ Hermosas vistas ! Sobre un océano de techos y de chimeneas se destacaban las torres de Nuestra Señora y la cúpula del Panteón. La habitación se componía de dos cuartitos caldeados por una estufa de loza ; pero ¡ necesita tan poco sitio la felicidad ! La amante Perrinette adoraba á su Próspero á los ocho días. Todo cuanto había en ella de « pueblo » se despertó en la joven, que abandonó sin pena alguna el obrador y se puso á trabajar en su casa. Sus ganancias eran módicas, pero ¿ qué importaba ? El carpintero ganaba lo bastante para él y para su mujer y para pagar la nodriza del niño. Y luego, ¡ al diablo los adornos ! lo esencial era que la casita estuviese limpia y arreglada y que su hombre encontrase caliente la